

VITTORIO LOCELSO

Nada fue como imaginaba. Ni los hombres eran galantes, ni la fuente era inmensa, ni los jardines estaban abiertos y floridos, ni las mujeres eran las más hermosas, ni la mar en coche.

Cuando se sentó en la cama, sintió que Roma era una gran desilusión, la última mala jugada que le hacía el abuelo Giovanni. Hasta le pareció sentir, mezclado con el rodar del tranvía, la risa ronca y burlona del viejo cabrón, calle abajo.

Él era el menor del segundo casamiento de su padre, que era el menor de los hijos de Don Ángelo Francesco Locelso. Traducido, en una familia italiana poderosa y apegada a las más conservadoras tradiciones, él era nadie.

Se crió en el exclusivo barrio de La Recoleta, en el palacio Locelso, rodeado de jardines, niñeras, libros, escaleras que llevaban a la cocina, a las cocheras, a las habitaciones de la servidumbre o a la sala de juego de los hombres. Se crió entre olor a alfombras recién sacudidas, jarrones de flores en todas las estancias y, principalmente, con la mirada triste de una madre paralizada por eternos dolores de cabeza.

Tenía siete años cuando al pasar por el estudio de su abuelo, se quedó escuchando la conversación que tenían él y su abogado, Juan Parisinni. Hablaban de la herencia que dejaría, a quiénes, cuánto a cada uno y por qué.

Poco entendía de cifras y heredades, pero algún motivo oculto, oscuro, irracional, lo hizo quedar escondido entre los pliegues del cortinado verde, adonde había ido acercándose para escuchar mejor. El viejo dictando qué le dejaría de herencia a cada quien. Y fue enumerando desde su hijo mayor, su mujer y descendencia, hasta llegar a Carlo, su padre. A éste le dejaba los haras del sur, un campo en... (el nombre se perdió entre los pesados pliegues). Y a la primera mujer de Carlo y su hijo mayor, las rentas venidas de los campos de Entre Ríos, y a su hija Stella, los dos negocios de pieles de la calle Florida.

Entonces el viejo se puso de pie pesadamente, como quien ha hecho un doloroso y terrible esfuerzo, prendió un cigarro, convidó otro a Parisinni, y sirviéndose un jerez, le dijo: Bueno estimado. Ya terminamos. No se habla más del tema hasta mi muerte, que espero sea dentro de no menos treinta años. Y largó una estruendosa carcajada.

Él se hizo aun más pequeño de lo que era, se enredó cien veces sobre sí mismo, y lloró horas y horas, hasta que la garganta y los ojos fueron una sola llaga de dolor. Hasta que su madre, única persona que lo tenía en cuenta, se dio cuenta de su falta y con Fabriciana, la niñera de la noche, salieron a buscarlo. Lo encontraron dormido, envuelto en lágrimas secas y pelusas, hosco y serio, falto de toda palabra, sin decir qué había visto ni explicar qué lo había llevado a ocultarse ahí, justamente, un lugar absolutamente prohibido a los niños.

Desde ese día, y con rigor casi científico, controló la mirada de los otros.

Y concluyó que existía solamente cuando hacía algo terrible, impropio, abusivo, asqueroso, incorrecto, sucio, indigno, aberrante, inmoral, a los ojos de su familia.

Así, fue el peor alumno del liceo, el adolescente más sucio del club, el más inútil de los deportistas, el más borracho y drogadicto de toda una generación de Locelsos (y había mucho vicio oculto en la familia, si lo sabría) y el más entusiasta militante gay de izquierda (y el primero) que se conociera en el país.

Tronaba la voz del padre, avergonzado de tan mal hijo. Lloraba su madre y hermana, por dejarlas tan mal posicionadas ante una sociedad que las señalaba. Gritaba su hermano desde el balcón reclamando que no lo quería ver cerca. Y el viejo Giovanni lo llamaba al menos una vez al mes a su despacho para sacarle la mesada, los bastones de hockey, el carnet del club.

Ahora sabían quién era Vittorio Locelso. Ahora hablaban las sirvientas, el barrio, la ciudad, su familia. Ahora.